

# B1C01 – El Tirón y la Súplica

## El Tirón y la Súplica

La marcha a través de Serephis fue un ejercicio de desmoronamiento. No del cuerpo, aunque el calor fundía la arena en vidrio bajo un cielo de un violeta amoratado y el aire sabía a metal, sino del alma. Miguel, Comandante Supremo de la Hueste Celestial, conocía el dolor limpio de la batalla. Había sentido la mordedura del acero demoníaco, el beso abrasador del fuego infernal. Esas eran heridas honestas, heridas con bordes definidos. Esto era diferente. Esto era un dolor hueco en el centro de su ser, un espacio donde algo había sido arrebatado, dejando atrás no una cicatriz, sino un vacío implacable y exigente. Su mano, enfundada en un guantelete dorado, se posó en su pecho por instinto, un gesto que había repetido mil veces desde que comenzó el dolor. Su paso era antinaturalmente rígido, la disciplina de un comandante en guerra con un cansancio más profundo que los huesos. Estaba fundamentalmente incompleto, y la pregunta que lo impulsaba a través de los páramos abrasadores era un susurro constante y silencioso: *¿Qué me fue arrebatado?*

El dolor no era solo un dolor; era una llamada. Durante días, había sido un latido sordo y constante. Ahora, pulsaba con una autoridad clara y direccional. Era una llamada que se sobreponía a su propia disciplina militar, a su arraigado sentido de la navegación celestial. Recordó la claridad de la Palabra Divina, la forma en que se asentaba en el alma como una verdad irrefutable. Esta nueva llamada era similar en su orden inflexible, pero aterradoramente diferente en su origen. La luz misma parecía curvarse en la dirección del tirón, el aire enrarecido titilaba. Se detuvo, el crujido de la arena bajo sus escarpes. Cerró los ojos, un destello de esperanza en pugna con un pavor profundo. Giró la cabeza lentamente, como la aguja de una brújula encontrando su norte verdadero, dejando que el pulso lo guiara. ¿Estaba siendo conducido a la salvación, o a una condenación mucho peor que la que cualquier campo de batalla podría ofrecer?

La quietud opresiva de Serephis fue rota por un sonido de pura armonía, un acorde que resonó en la estructura misma de su ser. Gabriel había llegado. Su presencia fue un alivio físico, una frescura repentina en la esencia de Miguel, abrasada por el sol, el aroma de lluvia sobre piedra que barrió momentáneamente el regusto metálico del desierto. Una luz suave y resonante floreció alrededor de su hermano, haciendo retroceder la penumbra. Miguel sintió una oleada de amor tan aguda que era dolorosa, seguida de una ola de vergüenza. No quería que Gabriel, el Herald de la Voz Divina, lo viera así: desmoronado, persiguiendo un dolor fantasma a través de un yermo maldito. Enderezó su postura, un intento fútil de reclamar el porte de un comandante, pero sabía que el cansancio estaba grabado en su espíritu. La expresión de

Gabriel no era de juicio, sino de una preocupación profunda y doliente que era, de algún modo, peor.

—El Consejo está preocupado, Miguel. —La voz de Gabriel era el sonido de aquella primera armonía, pero tenía un filo agudo y suplicante—. Temen que esto sea un engaño, un señuelo forjado por el enemigo para atraerte. Tu ausencia infunde miedo en la Hueste.

Las palabras —«Consejo», «deber», «miedo»— se sentían como ecos de otra vida, irrelevantes para el agujero abierto en su pecho. La luz de Gabriel parecía sondear la herida, haciéndola doler con una intensidad renovada. Dio un medio paso hacia atrás, protegiendo su pecho como de un golpe físico. Gabriel se acercó un paso más, con las manos abiertas en un gesto de súplica, no de mando.

—Me creen un necio —dijo Miguel, con la voz áspera por el desuso—. O un traidor.

—Creen que eres su comandante, perdido y dolorido —replicó Gabriel, suavizando la voz—. Piensan en su hermano.

El cambio de enviado a hermano fue un golpe más potente que cualquier orden. El aire entre ellos se volvió íntimo, las apuestas cósmicas momentáneamente olvidadas, reemplazadas por la quietud contenida de un pasado compartido. Miguel fue transportado a un recuerdo: las secuelas de la desastrosa batalla por las Puertas de Ónice, su ala destrozada, su espíritu casi quebrado. Gabriel había estado allí, su presencia un ancla serena en una tormenta de fracaso, atendiendo sus heridas no con el gran poder de un arcángel, sino con el cuidado silencioso y gentil de un hermano. La mandíbula de Miguel, apretada durante días, se relajó por un único y doloroso instante. La mirada de Gabriel se suavizó. Empezó a extender la mano para colocarla en el hombro de Miguel, pero se detuvo, dejando que su mano volviera a caer a su costado. La historia no contada pendía entre ellos, un testamento a un amor que ahora se sentía como una jaula.

—Vuelve a casa —suplicó Gabriel—. Sea cual sea esta herida, la enfrentaremos juntos. Como siempre lo hemos hecho.

Por un momento, Miguel vaciló. La idea de regresar al Bastión Celestial, a las armonías familiares del hogar, era un canto de sirena. Pero fue seguida por un instante de claridad fría e implacable. Regresar sería una muerte en vida, una eternidad con este vacío dentro de él, un recordatorio constante de su propia incompletitud. El Consejo ofrecería consuelo, no respuestas. Intentarían sanar una herida que no podían comprender. Tenía que seguir adelante. Tenía que saber.

—No puedo —dijo Miguel. Encontró los ojos de su hermano directamente por primera vez, su propia mirada ya no cansada, sino llena de una resolución terrible y cristalina—. Esta llamada... es una orden más fundamental que

cualquiera que el Consejo pueda dar. Es una verdad que debo encontrar, o no soy nada. —Giró su cuerpo ligeramente, alejándose de Gabriel y hacia la dirección del tirón. La elección estaba hecha. Ahora estaba solo.

La luz de Gabriel pareció atenuarse, la armonía de su presencia flaqueó. No discutió más. Había entregado su mensaje, hecho su súplica. La decisión era de Miguel. Una única lágrima de luz pura trazó un camino por la mejilla de Gabriel. Asintió levemente, con tristeza. —Que encuentres lo que buscas, hermano —susurró, con la voz embargada por un pesar que se sentía ancestral. Entonces, desapareció.

El calor opresivo y el pesado silencio de Serephis regresaron de golpe, más pesados que antes. El recuerdo de los ojos tristes de Gabriel lo perseguiría, una herida nueva para acompañar a la antigua. Pero el arrepentimiento fue rápidamente suprimido, consumido por la sensación fría y limpia de un ancla cercenada. La elección estaba hecha. Se dio la vuelta y siguió su marcha.

Caminó durante una eternidad, el paisaje inmutable, hasta que cambió. La transición fue tan brusca que pareció un golpe físico. Un paso fue sobre arena caliente y áspera; el siguiente fue sobre musgo fresco y suave. El aire opresivo dio paso a una frescura quieta y limpia que tenía un regusto metálico. Había llegado a la Arboleda Sin Sombra. Árboles con hojas de un pálido brillo metálico se alzaban a su alrededor, su follaje emitía una luz brillante y uniforme que no proyectaba sombras, creando un mundo plano y sin profundidad. Su mente táctica gritó «emboscada». Nada en la creación era tan perfecto; se sentía fabricado, un señuelo. Su mano descansó en el espacio donde debería haber estado la empuñadura de su espada, un hábito residual que ahora solo servía como recordatorio de su vulnerabilidad. Su postura cambió de una caminata cansada a un avance cauto y táctico. Esta hermosa mentira contenía la respuesta que buscaba, y no se dejaría engañar por su perfección.

La quietud aquí no era una ausencia de sonido, sino una presencia. Era una cualidad pesada y atenta que lo hacía sentirse escrutado, un intruso en un lugar sagrado, pero no santo. Olía a piedra mojada y a algo parecido al aire después de la caída de un rayo. La temperatura era constante, sin brisa que agitara las hojas inmóviles. Intentó recitar un verso del Canto Divino, un ejercicio de concentración que había usado antes de mil batallas, pero las palabras se sentían muertas en su mente, devoradas por la inmensa quietud vigilante. Caminaba con los pies deliberadamente colocados, tratando de no hacer ruido, pero cada suave crujido de las hojas caídas se sentía como un grito en una biblioteca. Lo observaban. Lo medían.

Entonces lo vio. En el corazón de la arboleda se erguía un gran fresno, con la corteza del color del hueso antiguo. Y clavada en su corazón había una espada. No estaba hecha de metal, sino de luz viva y solidificada. En el momento en que la

vio, el tirón agónico en su pecho cesó, el vacío se llenó. Pero fue reemplazado por otra cosa: la inmensa y silenciosa presencia de la hoja presionándolo *hacia adentro*, un peso sobre su misma alma. El aire alrededor del árbol estaba visiblemente distorsionado, titilando con un poder que hacía que la arboleda sin sombras pareciera mundana en comparación. Se le cortó la respiración. Sus pasos, antes cautelosos, ahora eran atraídos, casi involuntarios. No fue el pensamiento de «eso es una espada», sino un momento de reconocimiento puro y aterrador: *eso es lo que me falta*.

Se detuvo ante el gran fresno, su mano temblando mientras la levantaba. La presencia de la espada se sentía como una verdad más antigua y fundamental que amenazaba con sobrescribir su propio nombre, su propia historia. Pensó en su propio nombre —«Miguel»— y por un segundo, le pareció ajeno, un título que alguien más le había dado. El «nombre» de la espada, un concepto tácito y vibrante, se sentía más real, más suyo. Un zumbido grave comenzó a crecer, no en el aire, sino dentro de su cráneo, una vibración que resonaba con el espacio hueco en su pecho. Dudó, sus dedos a centímetros de la empuñadura, atrapado entre la seducción y el terror. Si tocaba esto, ¿seguiría siendo él mismo? ¿O se convertiría en una mera extensión de la hoja?

En el instante en que su piel rozó la empuñadura, la arboleda se desvaneció. Fue expulsado de su cuerpo, un observador incorpóreo en un lugar de caos cósmico y amoral. Presenció supernovas que se templaban como acero al rojo vivo en un cubo de oscuridad, su luz drenada para algún gran propósito. Sintió la gravedad no como una ley, sino como el golpe físico de un martillo, una herramienta utilizada para dar forma a la realidad. Oyó el sonido de un martillo del tamaño de una estrella golpeando un yunque de agujero negro, su tañido un acorde que creaba y destruía galaxias en el mismo instante. Su mente luchaba por aplicar conceptos como «bien» o «mal» a lo que estaba viendo, y los encontró absoluta e irrisoriamente inadecuados. Era infinitesimalmente pequeño, una mota de polvo presenciando algo que ningún ser estaba destinado a ver.

La sensación dominante de esta forja primordial no era poder o propósito, sino risa. Era un sonido jubiloso, irreverente y aterrador que lo impregnaba todo. Resonaba en el tañido del martillo, en el siseo de la luz estelar al enfriarse, en el tejido mismo de este espacio creativo. Esta era la risa del hacedor invisible, y era lo más espantoso que Miguel había experimentado jamás. No era malvada, simplemente completamente indiferente a las consecuencias, a la moralidad, a las pulcras cajitas del pecado y la virtud sobre las que había construido toda su existencia. Esta hoja, comprendió con una certeza que aplastaba el alma, no fue forjada por una causa. No era una reliquia sagrada ni un arma demoníaca. Fue forjada por la pura y anárquica diversión de hacerlo. Era una broma cósmica, y él estaba a punto de convertirse en el remate. La visión terminó con una carcajada final y triunfante mientras la hoja recibía su forma definitiva. Fue arrojado de

vuelta a su cuerpo, jadeando en busca de aire, su corazón martilleando con un nuevo tipo de miedo: no a la condenación, sino a la falta de sentido.

Estaba de pie ante la espada, la risa del hacedor aún resonando en su alma. Las preguntas sobre su origen, su propósito, su creador... todas se desvanecieron. No porque fueran respondidas, sino porque ya no importaban. Ahora solo existía la verdad de la espada. Agarró la empuñadura, su mano ya no vacilante sino firme, inflexible. Extrajo a Solmire del corazón del fresno. Cuando la espada quedó libre, el anciano árbol gimió, un sonido de luto profundo y terrible. La luz de toda la arboleda se atenuó, como en señal de condolencia. El aire se volvió antinaturalmente quieto y frío. Un poder lo inundó, no cálido ni sagrado, sino limpio, frío y definitivo. Selló la herida en su pecho, llenando el vacío no con paz, sino con una certeza terrible y plácida. Su cansancio había desaparecido, reemplazado por una inquietante y perfecta rectitud en su postura. Estaba completo, pero vaciado por dentro.

La quietud regresó, pero era diferente. Ya no pesada y atenta, sino estéril y vacía. Un pulso silencioso y poderoso comenzó a acumularse a su alrededor, una campana tañendo en el corazón de la realidad. Sintió el pulso no como una fuerza externa, sino como una extensión de su propio nuevo ser. Era su nueva voz, y el mundo ahora escucharía. Bajó la hoja lentamente, sintiendo su peso ajeno, su equilibrio perfecto y frío. Su expresión era una máscara de calma, sus ojos distantes, viendo más allá de la arboleda moribunda, hacia las guerras que estaban por venir.

El pulso se propagó por la creación, una presión sutil, un cambio en la cualidad de la quietud en todos los reinos. En una cámara silenciosa y opulenta en el Infierno, rodeado de sombras que olían a conocimiento antiguo y a ambición enfriada, Lucifer dejó a un lado un delicado instrumento de relojería que había estado ajustando. Inclino la cabeza, su expresión de pura curiosidad intelectual. Reconoció la señal. No como una amenaza, no como un desafío, sino como el eco de un sonido que no había oído en eones. Reconoció la risa entretejida en su misma estructura. Una sonrisa lenta y genuina se extendió por su rostro. —Vaya —murmuró a la habitación vacía—. Una de las viejas canciones vuelve a entonarse. Qué interesante.

De vuelta en la arboleda moribunda, el pulso amainó, dejando a Miguel en un profundo silencio. El silencio era definitivo, pero ya nada era igual.